
VIVIR ENTRE ESPACIOS PROTÉSICOS

JAHIR NAVALLES GÓMEZ

Se trata de un confinamiento inercial del lugar.
P. Virilio

Es la escena inicial. Una búsqueda del otro. De sí mismo. Pasa en *Blade Runner 2049*. Ahí se registra visualmente lo conflictivo del recorrido, de la desolación territorial, y aun así vale la pena la travesía, manifiesta en la satisfacción que se desprende al haber sorteado las condiciones climatológicas que se experimentaron para llegar. Cumplir con la tarea asignada. Y regresar.

No es la búsqueda entre semejantes lo que llama la atención. Sí la capacidad de subsistencia en un lugar árido, desgastado, sin recursos, cuya revelación coincide con todo aquel quien lo pueda sobrevivir. Ya no domesticar. Aunque —para acceder a éste— se debe saber qué fue/es la referencia común asociada a una idea apocalíptica. Postapocalíptica. Empero, de un día para otro nuestra interacción cotidiana se transformó radicalmente. Se evidencia que lo que se conocía sobre el entorno ya no aporta nada más. O sí, pero sólo al principio, cuando fue a la inversa el desplazamiento, la expansión, la conquista; sin embargo, el territorio sobrevivió a partir de la expulsión de lo humano o de lo natural. Del otro. De lo extraño. O tal vez de su reclusión. A saber:

Enmarcada en la imagen latente de un reinicio civilizatorio se convoca a alguien que está sobreviviendo, que sobrevivió, no importa cuán complejo en lo cotidiano se volvieron esos territorios, esos emplazamientos, y que fueron, son, la referencia o a su lugar de asistencia, o de ocio o de residencia, mismos que en algún tiempo fueran explorados, instaurados, institucionalizados, pero que a partir del riesgo de exposición, de reunión, de contagio, éstos ya han sido abandonados.

O porque ya no daban de sí. Porque ya no habrá mayores recursos a explotar. O porque sus condiciones naturales, climáticas, atmosféricas, desplazaron, remplazaron, emplazaron, a quienes los habitaron a irse. O a refugiarse del mismo. Aislándose a sí-mismo. La imagen es de impacto porque sugiere una idea: es posible reconstruir de las ruinas. Desde la

apatía o la desesperanza. Es el renacer de estos posibles escenarios del que sólo la ficción puede disfrutar. O no.

Es común que se acuda a la ficción (Berman, 1989: 104-105; Hobsbawm, 1994: 545 y ss.) para justificar la depuración colectiva, la segregación y la sanitización de los otros, de sí mismo, para remarcar quiénes fueron, son, los diferentes. Re-produciendo imágenes, actitudes y comportamientos imposibles, increíbles, insensibles, por inhumanas. Proponiendo un dejo de preocupación: qué hacer al toparse con ello, convivir con lo cotidiano en épocas de crisis o catástrofes, es parte de una somera discusión.

La mención a la cotidianeidad ha sido abordada desde hace tiempo por las ciencias, interpretándola, re-interpretándola, explicándosela al prójimo, al vecino, al académico erudito, y cada una de estas aproximaciones ha quedado rebasada ya que ninguna habría sido escrita a partir de las experiencias, las vivencias, de un momento histórico incierto, calamitoso, cuya temporalidad no está definida. Ahora, pareciera que la obligación va más allá de la interpretación, porque la mención abstracta a la vida cotidiana no tiene punto de comparación o de confluencia con la cotidianeidad en tiempos extraordinarios.

Antes, se nos dijo que las actividades a realizar *fuera* de casa serían las que marcarían los estándares de la vida cotidiana, acaecidas o en la *polis*, o en cualquier ciudad (Arendt, 1961). Al salir de casa la realidad inicia, al salir del refugio en busca de alimento, se nos dijo, es por lo que valió la pena despertar, al emprender un viaje con destino incierto el conocimiento adquirido al regreso permitiría transformar esa misma realidad. Y al estar pendiente de que se confirme el imaginario inscrito en esas prácticas sobre los avances atribuidos a la modernidad, se omitieron otros escenarios que desbordaron afectos o aquellos otros que, como el actual, obligó masivamente a una readaptación, una reconfiguración, tanto simbólica como material, de los espacios sociales compartidos.

Tanto el miedo a la exposición, a la dolencia, al miasma o al otro, han sido documentados como algunos de los temores y pánicos primigenios que han acompañado a la historia de la humanidad (McNeill, 1978). En ocasiones estos pánicos fueron bien sorteados; en otras se propusieron estrategias tanto para su prevención y control, o bien para su exterminio y conclusión.

Por ejemplo, lo que documentó Sennett (1997: 229 y ss.) respecto a la reclusión y el destierro obligado de los enfermos o de los contagiados en periodos históricos específicos, y donde la misma población las validó, se acostumbró a éstas en lo cotidiano. Sin embargo, su día a día estaría regulada por primero asistir, o vigilar, la salud, el contacto, la interacción de esos otros individuos, a quienes antes del estigma, del diagnóstico, eran considerados como los otros iguales a uno mismo, esto es, antes ellos fueron *personas*.

Mención que complementaría Berman (1989: 177) al hacer alusión al riesgo de contagio, o al miedo implícito a que la enfermedad fuera transmitida, ya que todos los que la vivirían, quienes estarían cautivos en ésta, la merecían. Eso sería una justificación para atentar de cierta manera contra ellos, ellas, para ser castigados, rechazados o segregados, que emanaría de juicios con tintes morales o religiosos, opacando todos los argumentos contrarios, específicamente los sanitarios.

Imágenes que pudieron ser históricamente reales o también provenir de un paisaje cinematográfico o de un par de capítulos de una narrativa distópica, y donde las mismas estrategias de prevención, de ser maximizadas, propondrían que la mejor y última opción era convivir con ese otro, vivir el contagio, inmunizarse de cara a la enfermedad, infiltrar la experiencia, para ya no añorar el contacto. H. G. Wells estaría de acuerdo.

Pero esta nueva convivencia no sucede de manera inminente, más bien es una reflexión constante de los episodios cotidianos donde se hace manifiesta su presencia, aprendiendo de experiencias pasadas, ya que, en algún momento, tuvimos que vivir con una u otra enfermedad, con evitar su dispersión, con anticiparnos al contacto, con la transformación de nuestro entorno inmediato.

Ahí es donde inevitablemente se hace presente el distanciamiento social, cuya finalidad es el ejercer control sobre cualquier población. A la distancia, en la distancia, se observan las acciones y reacciones, las actitudes, de los otros, obligándonos a su constante modificación o adaptación. Asumiéndose vigilante, aunque a la vez, siendo acechados.

En estos casos, las ciudades serían segmentadas, fragmentadas, en ocasiones justificando confinamientos y hacinamientos, duplicando el riesgo de contagio sanitario, y donde las cifras nunca coincidirían con la realidad: eran más los que murieron, fueron menos los que sobrevivieron, o los que voluntariamente se aislaron y documentaron todas las vivencias del periodo, del trauma histórico asociado a esa realidad. Contaron su propia versión.

Será esa narrativa la que dará seguimiento y continuidad a la tragedia, transmitiéndosela a las siguientes generaciones; algunas estarán escritas en primera o en tercera persona, otras buscarán la empatía colectiva, la que promulga un reinicio conjunto de la vida social. La descripción acerca de un regreso a la normalidad estará condicionado por el retorno al espacio público, a la libertad y confianza asociadas a los posibles recorridos, a su re-significación, así como a la exhibición frontal de la salud y a la superación de la enfermedad, ya que ese acto condicionará la aceptación de los otros, o de sí mismo, tal y como lo acotó Berman: "el drama humano es primordialmente y antes que nada somático" (1989: 94).

Además, las posibilidades de socialización se verán reducidas, condicionando al contacto, al tacto, a la vista inquisitiva, la interacción ya será

guiada con protocolos, habrá que ser conscientes de que ha llegado el fin de las reuniones masivas. O bien la aceptación de su transformación radical, porque ahora ese espacio conocido se redujo al aislamiento, al ensimismamiento, porque la socialización se volvió mediática, el contacto con la realidad se asumió virtual. Fue esta la última opción, o la única que quedó al verse la humanidad obligada al resguardo.

Lo que distinguió a esta catástrofe ambiental, viral, fue la conectividad. El acceso puntual y directo, donde la realidad que estaba afuera no sólo ha sido rebasada, fue deformada, distorsionada. Por ello mejor, en pos de la humanidad, la única opción que quedó, el último resquicio que permitió el contacto con la realidad, fue el "tiempo real" (Virilio, 1990: 32, 92). Con esta nueva modalidad de interacción se han suplantado las acciones por las reacciones, la comunicación por la información, la contemplación por la rapidez de exposición. La interacción pasó, de ser espacial, ante la imposibilidad de la reunión masiva o corporal, a asumirse como un registro temporal virtual de situaciones: exposición-tiempo.

Desde el resguardo, esta forma de conectarse a la realidad propone un nuevo espacio a navegar y la plétora de imágenes, tanto de las tragedias presentes como de los encuentros futuros, serán las que guíen el sendero. En estos tiempos somos/seremos "enfermos de tiempo real". Estamos a la espera de una imagen que, temporal y virtualmente difundida, nos permita seguir con nuestras vidas.

Pero mientras esta imagen semióticamente en verde no llegué, el refugio donde estamos habrá de ser modificado. Virilio fue quien señaló la inminente deconstrucción del espacio doméstico, del espacio físico, para dar cabida a esa nueva modalidad de interacción donde ya cabe todo, sí es que se le sabe acomodar. "Sobre la disposición del espacio: allá donde se trataba únicamente de disponer el entorno para alojar en él nuestras actividades corporales, se trata ahora de controlar ese mismo entorno gracias a las técnicas de la interactividad en tiempo real" (Virilio, 1990: 101-102).

Hay dos opciones: seguir la corriente virtual, conectarse para interactuar, dando paso a la inercia domiciliaria, o hacerse de otros recursos que te permitan recorrer los espacios comunes que siempre fueron protésicos, decisión que nos obliga a cuestionarnos la constante necesidad de control del entorno. Adoptando todas las medidas. Algo que ya fue previsto en dos frentes: en *Blade Runner*, los que lograron sobrevivir fueron los *cyborgs*, y con Virilio (1990: 114-115), quien se anticipa al análisis de la transformación acelerada de un territorio, que vislumbra una ergonomía del comportamiento a partir de la domótica.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1958, 2002), *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
Berman, M. (1989, 1992), *Cuerpo y espíritu*. Santiago: Cuatro Vientos.
Hobsbawm, E. (1994, 2010), *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
McNeill, W. (1984, 2016), *Plagas y pueblos*. Madrid: Siglo XXI.
Sennett, R. (1997, 2002), *Carne y piedra*. Madrid: Alianza.
Virilio, P. (1990, 1999), *La inercia polar*. Madrid: Trama.